

# Marx, primer analista del populismo

---

## Marx, the First Analyst of Populism

*José Fernández Santillán\**

---

\* Doctor en Historia de las Ideas Políticas por la Universidad de Turín, Italia. Profesor-investigador en El Colegio de Jalisco, México. Es miembro del SNI (nivel III). Contacto: santillan.florencio@gmail.com. ORCID: 0000-0003-0919-1985.

## Resumen

En este trabajo se presenta, en primer lugar, una síntesis de lo que es el populismo y sus variantes. La pregunta que salta inmediatamente es ¿quién fue el primer autor que examinó al populismo? La respuesta, por sorprendente que parezca, es Karl Marx. Pues bien, Marx, escudriñó con minuciosidad a un demagogo ávido de poder en el libro *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Allí, el pensador de Tréveris se mofa de que el personaje en cuestión estuvo obsesionado por imitar las glorias de su tío; lo que salió fue una caricatura. Con base en el estudio de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* aquí se destacan los componentes fundamentales de un gobernante populista. El susodicho comenzó ganando las elecciones como presidente de la república; pero, inmediatamente, boicoteó el Estado de derecho, la división de poderes al tiempo que sedujo al pueblo y al ejército para, finalmente, dar el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Pocos después se proclamó Emperador. Luis Bonaparte traicionó a la república democrática: echó a andar una estrategia política y social que degradó ese sistema de gobierno para implantar un régimen personal sustentado en “el pueblo” para deshacerse del imperio de la ley y la Asamblea Nacional. La tiranía de la mayoría la transformó en una simple y llana tiranía. Quiso implantar un Imperio, hecho que se extendió, incluso, a México con la llamada Intervención francesa (8 de diciembre de 1861-21 de junio de 1867). Sus excesos acabaron con la humillante derrota en la guerra Franco-Prusiana (19 de julio de 1870-10 de mayo de 1871). En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* encontramos los rasgos característicos del populismo de nuestra época: la presencia de un líder carismático que actúa a nombre del pueblo quien, sin embargo, tras bambalinas tiene su proyecto personal de poder; las instituciones de la república, es decir, el Estado de derecho, la división de poderes, la representación política, el sistema de partidos, el derecho al voto, la libertad de prensa, el derecho a disentir, son corroídos para dar lugar a la concentración del poder en un autócrata. El malhechor cuenta con el respaldo del ejército y del lumpenproletariado; doblega las voluntades de la aristocracia, la burguesía, la pequeña burguesía mediante concesiones o coerciones. Finalmente, cuando él lo cree conveniente cambia la forma de gobierno según criterios de conveniencia y oportunidad. En el caso de Luis Bonaparte fue de república a imperio.

**Palabras clave:** Marx, Luis Bonaparte, populismo, golpe de Estado, carisma

## Abstract

This essay presents, in the first place, a synthesis of what populism is, and its variants. The question that jumps immediately, is, who was the first author who examines populism? The answer, surprising as it may seem, is Karl Marx. Well then, Marx scrutinized a power-hungry demagogue in minute detail in the book *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. There, the Trier thinker mocks

the fact that the person in question was obsessed with imitating the glories of his uncle; what came out was a cartoon. Based on the study of *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, here are the fundamental components of a populism ruler. The aforementioned began winning the elections as president of the republic, but immediately boycotted the rule of law and the division of powers while seducing the people and the army to finally carry out the coup on December 2, 1851. Soon after he proclaimed himself emperor. Luis Bonaparte betrayed the democratic republic: launched a political and social strategy that degraded that system of government to implement a personal regime based on “the people” to get rid of the rule of law and the National Assembly. The tyranny of the majority transformed into a simple and plain tyranny. He wanted to establish an empire, a fact that even extended to Mexico with the so-called French Intervention (December 8, 1861 - June 21, 1867). His excesses ended with the humiliating defeat in the Franco-Prussian War (July 19, 1870- May 10, 1871). In *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, we find the characteristic features of the populism of our time: the presence of a charismatic leader acting in the name of the people who, however, behind the scenes has his personal project of power; the institutions of the republic, that is, the rule of law, the division of powers, political representation, the party system, the right to vote, freedom of the press, the right to dissent, are corroded to give way to the concentration of power in an autocrat. The evildoer counts on the support of the army and the lumpenproletariat; he bends the wills of the aristocracy, the bourgeoisie, and the petty bourgeoisie using concessions of coercion. Finally, when he sees fit, he changes the form of government according criteria of convenience and opportunity. In the case of Louis Bonaparte, it was from republic to empire.

**Key words:** Marx, Louis Bonaparte, populism, coup d'état, charisma.

## Introducción

Convengamos en que el fenómeno político más importante del siglo XXI es el populismo. Sobre este fenómeno se han escrito una gran cantidad de libros (Judis, 2016; Laclau, 2005; Levitskyn y Ziblatt, 2018; Kakutani, 2018; Moffit, 2020; Müller, 2016; Norris y Inglehart, 2019; Revelli, 2017; Taggart, 2000; Urbinati, 2019). El impacto del populismo ha sido más grande en la medida en que se ha extendido a zonas en las cuales no se tenía registro de él; esto es, el populismo se ha globalizado. Hoy, literalmente, hay traza de él en los cinco continentes.

Evidente en cada país, en cada región hay elementos que le son particularidades. Sin embargo, el populismo tiene ciertos rasgos generales que lo identifican: el surgimiento de un líder carismático que se identifica con las masas populares; la presentación en público de ese dirigente popular como un *outsider*, es decir, como alguien que no pertenece ni a la clase política ni a los miembros de la clase adinerada; una disputa con las élites gobernantes o con las élites económicas a las que se les achacan las desgracias que sufre el país; una concepción de la política como conflicto, vale decir, el populismo siempre busca un enemigo contra el cual luchar sea a nivel interno sea a nivel externo; se presenta como una democracia diferente y mejor respecto de la democracia constitucional. Ese es el motivo por el cual prefiere la democracia directa o lo que se llamada mecanismos de democracia participativa para complementar a la democracia constitucional e incluso para sustituirla.

Frente a este posicionamiento populista debemos decir que, contrariamente de lo que comúnmente se piensa, la democracia no es simple y llanamente el gobierno de la mayoría. No. La democracia es el gobierno de la mayoría que respeta a las minorías y que, en la medida de lo posible, trata de llegar a acuerdos con esas minorías para incluir sus posicionamientos en la decisión final que es la ley. En particular la democracia se distingue porque la competencia entre las distintas fuerzas políticas debe ser equitativa, de tal manera que las minorías tengan la posibilidad de transformarse, mediante el voto ciudadano, en mayoría. Esas fuerzas políticas deben aceptar someterse al imperio de la ley, la división y equilibrio de poderes, la transparencia y la rendición de cuentas.

El problema que hoy se plantea para la democracia constitucional es que los partidos populistas llegan al poder mediante la competencia electoral; pero, inmediatamente, asumen un comportamiento no democrático polarizando a la sociedad, desacatando los fallos de los jueces, desobedeciendo la ley, concentrando el poder en el ejecutivo. Dicho de otro modo: toman el mando a través de mecanismos propios de la democracia constitucional, pero la destripan por dentro. El propósito es imponer regímenes autocráticos mediante las artimañas ya dichas y otras muchas triquiñuelas y mentiras como, por ejemplo, decir “aquí manda el pueblo”, cuando en realidad quien manda es el autócrata populista; el no-pueblo son todos aquellos que se oponen a los designios del líder en el poder.

Otro punto digno de resaltarse del nuevo populismo es la tendencia de los gobernantes a perpetuarse en el poder. Eso es lo que tienen en común mandatarios como Vladimir Putin en Rusia, Recep Tayyip Erdogan en Turquía, Viktor Orbán en Hungría, Hugo Chávez-Nicolás Maduro en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua.

Esto es lo que está sucediendo con el nuevo populismo. Sin duda el rasgo más sobresaliente del neopopulismo es que se trata de un régimen y un movimiento antidemocrático. No obstante, es preciso señalar que el populismo ahonda sus raíces en fenómenos sociopolíticos muy diferentes de los que ahora se presentan. Incluso con una ideología que choca con el actual carácter oscurantista y retrógrada del neopopulismo.

La palabra populismo apareció por primera vez en Rusia, específicamente, en el movimiento *narodnik* (“populista”) o, en plural, *narodniki* (populistas). Eran jóvenes pertenecientes a la aristocracia quienes, inspirados en Alexander Herzen “fueron al pueblo”, o sea, al encuentro de los campesinos con el propósito de iniciar una rebelión contra el régimen zarista y el sistema feudal de propiedad de la tierra. Franco Venturi comienza el capítulo I de su libro *El populismo ruso* de la siguiente manera: “Herzen puede ser considerado como el creador del populismo [...] Antes de convertirse en un movimiento político, el populismo no se había expresado en una doctrina, sino en una vida: la de Herzen.” (Venturi, 1981: 99). Herzen se nutrió del iluminismo francés del siglo XVIII. Especialmente de Diderot, D’Alambert y Voltaire. Isaiah Berlin, por su parte, encuentra ciertas similitudes del pensamiento de

Herzen con el liberalismo alemán en autores como Immanuel Kant, Wilhelm von Humboldt, Friedrich Schiller y Johann Gottlieb Fichte (Berlin, 1981: 172).

Aquellos jóvenes idealistas viajaron al encuentro de los campesinos. El desplazamiento más fuerte se registró en el verano de 1874; pero, en vez de encontrar aquél mundo idílico con el que habían soñado, en el que los campesinos estarían esperándolos con los brazos abiertos para entablar una sólida alianza revolucionaria, la realidad con la que se toparon fue completamente distinta: los campesinos no sólo los rechazan, sino que los entregaron a la policía zarista (Berlin, 1981: 376).

Otro antecedente se encuentra en el Partido Populista de Estados Unidos. Al igual que en Rusia, en la Unión Americana hubo indudables referentes intelectuales. En este caso fueron Henry George y Edward Bellamy. Ambos escribieron sendas obras sobre el proceso económico que experimentaba su país; propusieron alternativas de solución a la brutal desigualdad que se estaba profundizando día a día. En un trabajo anterior (Fernández Santillán, 2018: 31), he sostenido que Henry George y Edward Bellamy hacían un símil: esa concentración de la riqueza y el poder exponían a Estados Unidos a seguir los pasos de la antigua Roma: de haber sido una virtuosa república compuesta por pequeños agricultores degeneró en un imperio dominado por quienes eran extremadamente ricos.

George y Bellamy entraron en contacto con organizaciones de trabajadores y agricultores como la Liga Agraria Irlandesa (*Irish Land League*) y los Caballeros del Trabajo (*Knights of Labor*). No obstante, la influencia de estos pensadores se extendió conforme se ampliaron los problemas que, en la década de los años ochenta del siglo XIX, aquejaban a quienes padecieron las sequías, la caída de los precios de las cosechas y de la tierra que azotaron a los estados situados en las grandes planicies. Esto unido a la monopolización de los sistemas de riego, el control empresarial de las vías férreas y el crédito. Todo esto último controlado por las élites políticas y económicas asentadas en el noreste de Estados Unidos.

Había que darle cauce al movimiento: esto sucedió en la convención nacional de San Luis, que comenzó el 3 de diciembre de 1889. Esta convención de San Luis también es conocida como la Alianza Nacional

de Agricultores y Sindicatos Industriales. De allí salió un programa de acción conocido como la Plataforma de Ocala (1890). Lo que se pide allí es una mayor intervención del Estado en la vida económica para regular la actividad financiera, comercial, bancaria y la construcción de obras públicas. Fue un desafío a la mentalidad liberal prevaleciente.

Allí fue cuando los sindicalistas y agraristas se dieron cuenta de que tenían que saltar al plano político. La afirmación de John B. Judis es categórica: “Los líderes de la Alianza concluyeron que tanto los demócratas como los republicanos estaban bajo el dominio de la plutocracia y que los populistas tendrían que organizar su propio partido” (Judis, 2016: 24).

Así procedieron: el 12 de junio de 1890 los líderes de la Alianza de Kansas, los Caballeros del Trabajo, la Asociación Mutualista para Beneficio de los Agricultores y los clubes para un Impuesto Único se reunieron en Topeka y fundaron el Partido del Pueblo (*People's Party*) (McMath, 1993: 135).

Pero, en mayo de 1891, en un viaje en tren, de Cincinnati a Kansas, esos mismos líderes pensaron que debería dársele un nombre más sucinto. Alguien recordó la raíz latina *populus* (pueblo), y acuñaron el término “populista” y lo rebautizaron: Partido Populista. (McMath, 1993: 146). En las elecciones de 1892, este partido presentó su propio candidato a la presidencia de la república, James K. Weaver. Así se rompió el tradicional bipartidismo demócratas-republicanos. El Partido Populista no ganó, pero sacudió los cimientos del viejo sistema político elitista; hizo que las masas sociales y sus problemas económicos de allí en adelante fuesen tomados en cuenta.

Vale la pena señalar que los populistas norteamericanos jamás se propusieron alterar las instituciones de la república. Defendieron a capa y espada a la democracia norteamericana. Es más, quisieron llevarla a su cabal cumplimiento; vale decir, un sistema de gobierno en el que tuvieran cabida todas las expresiones de la sociedad norteamericana y no solamente los intereses de Washington D.C. y Wall Street.

Como se aprecia, el antecedente de los *narodniki* rusos y el Partido Populista norteamericano poco tienen que ver con el neopopulismo; sin embargo, esas experiencias originarias forman parte del catálogo del populismo compuesta por diversas vertientes entre ellas la que he

llamado el populismo clásico que se gestó, sobre todo, en América Latina con los gobiernos de Lázaro Cárdenas en México, Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil (Fernández Santillán, 2018: 51-110). Aunque cada uno de ellos tuvo sus peculiaridades, lo que tienen en común es que se trató de regímenes que se enfrentaron a las oligarquías terratenientes que hicieron de la política un coto de poder. En contra de ese elitismo, Cárdenas, Perón y Vargas llevaron a cabo una política de masas que hizo estallar en mil pedazos las fortificaciones dentro de las cuales se habían parapetado las aristocracias, los terratenientes y los políticos de viejo cuño.

A esto hay que agregar que esos tres dirigentes populistas crearon instituciones públicas para atender las demandas de los grandes sectores sociales que habían sentado presencia en la política nacional. Se trató de un populismo paternalista.

El neopopulismo, en cambio, es abiertamente antidemocrático. Utiliza los recursos que ofrece la ley para hacerse del poder; una vez situado en el puesto de mando, el líder populista comienza, literalmente, a destripar a la democracia por dentro: no respeta el Estado de derecho, debilita la división de poderes para concentrar las decisiones en el Ejecutivo, desmantela el sistema de partidos, ataca sistemáticamente las garantías individuales como la libertad de prensa, la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad de reunión. Reduce los espacios de la disidencia hasta, incluso, meter a los opositores a la cárcel, matarlos o desaparecerlos. Un punto relevante es que pone en acto el patrimonialismo, es decir, hace una y la misma cosa los bienes públicos con sus bienes privados; nombra a los funcionarios públicos no por capacidad, sino por lealtad. Le irrita cualquier cosa que no está bajo su control.

Y uno se pregunta: ¿acaso existe algún antecedente sobre el estudio del populismo? O, con más precisión ¿de este tipo de populismo? Por sorprendente que parezca, la respuesta es sí. Sí existe un antecedente en el que, de manera acuciosa, se estudia el populismo tal como lo vemos operar hoy en día. Se trata de un estudio realizado por Karl Marx, sobre Luis Bonaparte (1808-1873), hijo de uno de los hermanos de Napoleón, Luis, y de Hortensia de Beauharnais, hija de la emperatriz Josefina. Luis Bonaparte (hijo) fue el único presidente de la Segunda República Francesa; posteriormente, se convirtió en emperador.



La mejor descripción de este personaje (que era ciudadano suizo, naturalizado francés), y las lúgubres acciones políticas que llevó a cabo, la hizo efectivamente Karl Marx (1818-1883) en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), libro que debe considerarse como el primer gran tratado sobre el populismo.

## El primer estudio sobre el populismo

Conviene recordar, al respecto, que en 1848 se desencadenaron en Europa una serie de revoluciones. Esos levantamientos ocurrieron a raíz de la restauración de las monarquías, es decir, después del Congreso de Viena que tuvo lugar entre el 18 de septiembre de 1814 y el 9 de junio de 1815. En esa magna asamblea se redefinieron las fronteras de Europa luego de la derrota de Napoleón Bonaparte. Sobrevino “La Restauración”; es decir, se hicieron esfuerzos denodados por regresar a la situación anterior a la Revolución francesa. Para este fin se creó una red de apoyos entre los monarcas; tres meses después de que concluyera el Congreso de Viena, en septiembre de 1815, el Zar Alejandro I, Francisco I de Austria y Federico Guillermo III de Prusia, establecieron “La Santa Alianza”, coalición que se propuso respaldar los acuerdos tomados en Viena; desalentar las ideas liberales y reivindicar la religión como línea de pensamiento y de conducta. Sin embargo, la realidad de las sociedades y las economías del Viejo Continente ya no encajaban en los moldes prerrevolucionarios.

Las insurrecciones de 1848 fueron revoluciones de confección liberal en las que aparecieron las primeras movilizaciones obreras. Iniciaron en Francia y rápidamente se extendieron a otros países como Alemania, Austria, Hungría e Italia.

En Francia fue derrocada la monarquía constitucional de Luis Felipe de Orleans (1773-1850). Este cambio produjo una reestructuración de los equilibrios sociales y políticos. Como dice Marx (1980: 210) en su libro *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*:

La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa sino una *fracción* de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada *aristocracia financiera*. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos desde los ministerios hasta los estancos.

El reinado de Luis Felipe fue, en realidad, un negocio en el que intervinieron tanto empresarios como políticos. Los contratos otorgados por el Estado eran adjudicados a las empresas que había ayudado a Luis Felipe a ascender al trono. Había, pues, una confusión entre política y negocios. Por ejemplo, hubo un famoso escándalo en la Cámara de Diputados cuando se descubrió, accidentalmente, que todos los miembros de la mayoría parlamentaria, incluyendo los ministros, eran accionistas de las mismas obras de construcción de ferrocarriles que, como legisladores, habían aprobado. La facción de la burguesía que había sido excluida del poder clamaba: “¡Corrupción!”; el pueblo gritaba: *À bas les grands voleurs!* ¡*À bas les assassins!* [“¡Mueran los grandes ladrones! ¡Mueran los asesinos!”].

Pues bien, en lugar de la corrupta monarquía de Luis Felipe de Orleans se instaló, en febrero de 1848, un gobierno provisional. Ese gobierno agrupaba a las diversas clases y corrientes que habían hecho posible la caída del régimen monárquico: la pequeña burguesía republicana representada por Ledru Rollin y Flocon; la burguesía republicana, encabezada por hombres como Marrast, Bastide y Garnier-Pagés, todos ellos colaboradores del periódico *National*, la oposición dinástica abanderada por Crémieux, Dupont de l’Eure. La clase obrera no tenía más que a dos representantes Louis Blanc y Albert. Alfons de Lamartine no representaba a ninguna facción; más bien era el símbolo de la rebelión misma.

Reunidos en el *Hôtel de Ville* los miembros del gobierno provisional aún dudaban cuál era el paso siguiente. En esas estaban cuando llegó al histórico lugar una delegación de obreros. Dieron un ultimátum: si en dos horas no se proclamaba la república regresarían con 200 mil hombres armados para imponerla por la fuerza: “Aún no había expirado el plazo de dos horas, y todos los muros de París ostentaban ya en carac-

teres gigantescos las históricas palabras *République Francaise! Liberté, Égalité, Fraternité*” (Marx, 1980: 215).

Así fue como, el 25 de febrero de 1848, se proclamó la república social que estableció el sufragio universal varonil y reconoció ciertos derechos laborales. De hecho, la *fraternité* fue la consigna de la revolución de febrero. Lamartine bautizó a ese gobierno “como un gobierno que acaba con ese equívoco terrible que existe entre las diversas clases sociales” (Marx, 1980: 219).

No obstante, la pregonada *fraternité* saltó por los aires tras las desavenencias entre los representantes de la burguesía y los representantes del proletariado. Como las diferencias no pudieron resolverse por la vía del dialogo, se recurrió a la violencia: nos referimos a la heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con saña por la burguesía francesa. De hecho, fue la primera guerra civil entre el proletariado y la burguesía. Tras ser reprimidas las protestas de junio, se impuso una república a la que se le amputó el carácter social para imprimirle un acento burgués. “La burguesía tenía que refutar con las armas en la mano las pretensiones del proletariado. Por eso la verdadera cuna de la república burguesa no es la *victoria de Febrero*, sino la *derrota de Junio*” (Marx, 1980: 228).

Gracias a la Constitución que se promulgó el 4 de noviembre de 1848, y que refrendó la validez del voto universal masculino, Luis Bonaparte, ganó la presidencia de la república el 10 de diciembre de ese mismo año. Actuando como un verdadero y propio tahúr, este individuo aprovechó cada oportunidad que se le presentó y cada conflicto entre las fuerzas políticas y sociales para, finalmente, dar el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Luis Bonaparte, ya como Napoleón III, proclamó el Segundo Imperio Francés (1852-1870). Ese Imperio duró hasta que se libró la Batalla de Sedán, que tuvo lugar entre el 1 y el 2 de septiembre de 1870, donde el Emperador Napoleón III y el ejército francés fueron derrotados de manera humillante por el ejército prusiano. Cuando el rey Guillermo fue a visitar al emperador francés en el castillo de Frenois, Napoleón III solo le pudo entregar la mitad de su espada; la otra mitad se la había partido en México. El punto culminante de su aventura colonialista en nuestro país y que, al mismo tiempo, marcó la debacle, ocurrió el 19 de junio de 1867, con el fusilamiento de Maxi-

miliano de Habsburgo en el Cerro de las Campanas, Querétaro. Ajusticiamiento que marcó el fracaso de la intervención francesa en México.

El sobrino de Napoleón el Grande, se obsesionó por repetir las glorias de su tío; pero, como dice Karl Marx, quedó reducido a caricatura. En efecto, el libro *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* comienza de la siguiente manera:

Hegel observa en alguna parte que todos los hechos y personajes de la historia universal acontecen, por así decirlo, dos veces. Olvidó añadir que, una vez, como tragedia y, la otra, como farsa ¡Caussidière por Dantón, Louis Blanc por Robespierre, la *Montagne* de 1848-1851 por la *Montagne* de 1793-1795 ¡El dieciocho Brumario del genio por el dieciocho brumario del idiota! Y la misma caricatura hallamos en las circunstancias en las que se produce esta segunda edición del dieciocho Brumario (2018: 37-38).

Otra referencia a Luis Bonaparte como caricatura de Napoleón Bonaparte se encuentra en *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*:

Ahora, Francia tenía una *Montaña* al lado de un *Napoleón*, prueba de que ambos no eran más que caricaturas sin vida de las grandes realidades cuyos nombres ostentaban. Luis Napoleón, con su sombrero imperial y su águila, no parodiaba más lamentablemente al viejo Napoleón que la *Montaña* a la vieja *Montaña* con sus frases copiadas de 1793 y sus posturas demagógicas (Marx, 1980: 243).

Conviene recordar que la demagogia es la correspondiente forma mala de gobierno de la democracia. Dicho de otro modo: la democracia es el gobierno de la mayoría que respeta y toma en cuenta a la minoría. En consecuencia, la democracia es el gobierno de todos: mayoría y minoría incluidas. Por el contrario, la demagogia es el gobierno de la mayoría que desprecia y excluye a la minoría. Casi siempre la demagogia es encabezada por un demagogo. Por eso se le llama la tiranía de la mayoría. La demagogia suele desembocar en la tiranía del demagogo. No se necesita hacer mucho esfuerzo para deducir que la demagogia es el antecedente del populismo.

Vale la pena citar otro pasaje en el cual Marx hace alusión a Luis Bonaparte como la caricatura de Napoleón el Grande: “¿Acaso Soulouque, inmediatamente después de su brusco mensaje, no había asegurado a la Asamblea legislativa su devoción por el orden mediante el mensaje subsiguiente de Carlier, caricatura sucia y vil de Fouché, como el mismo Luis Bonaparte era la caricatura vulgar de Napoleón?” (Marx, 1980: 285).

Conviene señalar que, de acuerdo con el nuevo calendario establecido por la Revolución francesa, el 18 Brumario del año VIII, corresponde al 9 de noviembre de 1799 del calendario gregoriano. Ese día, Napoleón Bonaparte dio un golpe de Estado al disolver el Directorio y autonombrándose Primer Cónsul. Por disposición del Senado, el 18 de abril de 1804 a Napoleón I se le confirió el título de emperador hereditario de los franceses. Marx hace una caricaturización del golpe de Estado que dio Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851 llamándolo “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”.

Un enano quiso emular a un gigante; solo hizo el ridículo. La obstinación del sobrino por imitar al tío se manifiesta, entre otras cosas, en el libro que Luis Bonaparte escribió *Les idées napoléoniennes*, publicado en 1839. Este libro tuvo tanto éxito que antes de 1848 ya se habían vendido medio millón de ejemplares. De este fenómeno pueden extraerse por lo menos dos conclusiones: 1) Gracias a este libro la figura de Luis Bonaparte alcanzó un nivel notable; 2) El propio libro fue síntoma de que las glorias napoleónicas habían creado una especie de sustrato emocional en el pueblo francés. Ese sustrato ideológico imperial convivía, contradictoriamente, con las profundas raíces que habían echado la Revolución francesa, los ideales liberal-democráticos y las ideas de la ilustración.

En un periódico, *Le Napoléon*, creado por Luis Napoleón se dejaban ver las aspiraciones autocráticas de éste. Si bien, ante la Asamblea Nacional, los ministros de Luis Bonaparte, en sus comparecencias, negaban las aspiraciones autoritarias e incluso imperiales. Otro periódico bonapartista fue *Pouvoir*. Este pasquín estaba dedicado a lanzar diatribas contra la Asamblea Nacional.

Al hacer un perfil de lo que realmente era Luis Bonaparte, Karl Marx resalta esta obsesión por parecerse a su tío, pero también la baja estofa

del aventurero suizo: “en Bonaparte el pretendiente imperial se hallaba tan íntimamente fundido con el caballero de industria arruinado, que una gran idea, la de estar llamado a restaurar el Imperio, se complementaba invariablemente con otra, la de que el pueblo francés estaba llamado a pagar sus deudas” (2018: 103).

Sea como fuere, una vez reestablecido el calendario gregoriano, podemos mencionar algunas fechas importantes en la vida política de Francia y, en especial, de Luis Bonaparte: a la república social establecida el 25 de febrero de 1848, la sustituyó una república burguesa que duró unos cuantos meses, del 24 de junio de 1848 al 10 de diciembre de 1848.

## La tensión entre la Asamblea Nacional, el presidente y el ejército

Durante el tiempo que duró la república, hubo una tensión permanente entre el presidente y la Asamblea Nacional. Marx considera que, en esta relación, los dados estaban cargados a favor del Primer Mandatario: “Él es el elegido de la nación y el acto de su elección es la gran baza que juega el pueblo soberano cada cuatro años. La Asamblea Nacional electa mantiene una relación metafísica con la nación, en tanto que el presidente electo la mantiene personal” (2018: 64).

Cuando Marx habla de la *Montagne* en el periodo 1848-1851, ese partido estaba formado por dos corrientes: los demócratas socialistas y los socialistas demócratas. *La Montagne* tuvo como oponente al partido del orden. En esta rivalidad, fue fundamental el respaldo que Luis Bonaparte obtuvo por parte del ejército:

Los señores [legisladores] no se percataron o no querían percatarse de que Bonaparte utilizó ya el 29 de enero de 1849 para hacer desfilar ante su misma persona, ante las Tullerías, a una parte de las tropas y precisamente se aferró con vehemencia a esta primera movilización pública de la fuerza militar contra el poder parlamentario para prefigurar a Calígula (Marx, 2018: 73-74).

Fue un desafío abierto contra la Asamblea Nacional por parte de Luis Bonaparte: el ataque contra lo que en tiempos de Luis Bonaparte era llamada “la república de Roma”. Violando la Constitución y la República, el presidente francés atacó a la república de Roma:

El ataque contra Roma es un ataque contra la Constitución; el ataque contra la república romana, un ataque contra la república francesa. El artículo 5 de la Constitución dice así: “La República Francesa no empleará jamás sus fuerzas militares contra la libertad de ningún pueblo; y el presidente francés emplea el ejército francés contra la libertad de Roma. El artículo 54 de la Constitución prohíbe al poder ejecutivo declarar ninguna guerra sin el consentimiento de la Asamblea Nacional. El acuerdo de la Constituyente del 8 de mayo ordena expresamente a los ministros ajustar sin pérdida de tiempo la expedición romana a su primitiva finalidad, les prohíbe, por tanto, no menos expresamente, la guerra contra Roma; y Oudinot bombardea Roma. Así, Ledru-Rollin invoca a la misma Constitución como testigo de cargo contra Bonaparte y sus ministros (Marx, 1980: 262-263).

Se trató, en efecto, de una violación flagrante a la Constitución por parte de Luis Bonaparte: la Asamblea Nacional debía tomar medidas drásticas contra el perpetrador, y sus ministros. Pero, lo que sucedió fue vergonzoso: la Asamblea Nacional acordó, por 361 votos contra 203, pasar del bombardeo contra Roma al simple orden del día: “la mayoría elevó a ley su *despotismo parlamentario*” (Marx, 1980: 267-268).

El parlamento francés estaba dominado por el partido del orden. Este partido estaba compuesto por dos grandes facciones: los orleanistas y los legitimistas adeptos a la dinastía de los Borbón. Marx dice al respecto:

Todas estas facciones del partido del orden, cada una de las cuales tiene *in petto* [en el fondo de su corazón] su propio rey y su propia restauración, hacen valer en forma alternativa, frente a los apetitos de usurpación y de revuelta de sus rivales, la dominación común de la burguesía, la forma bajo la cual se neutralizan y se reservan las pretensiones específicas: la república.

Estos monárquicos hacen de la monarquía lo que Kant hacía de la república: la única forma racional de gobierno, un postulado de la razón práctica, cuya realización jamás se alcanza, pero a cuya consecución debe aspirarse siempre como objetivo y debe llevarse siempre en la intención (Marx, 1980: 274).

Luego entonces, la coalición monárquica (orleanistas y legitimistas), convino en resolver sus desavenencias bajo un sistema de gobierno específico: la república.

Se supone que la república debía ser incluyente. Y así fue durante un tiempo; sin embargo, en las rencillas internas el partido demócrata fue derrotado por las disputas que se registraron entre el 28 de mayo de 1849 y el 13 de junio de 1849. Luego vino la abolición del sufragio universal en las querellas que se desataron entre el 13 de junio de 1849 y el 31 de mayo de 1850. El desgaste mayor tuvo lugar entre el 31 de mayo de 1850 y el 2 de diciembre de 1851 cuando cayó, por el golpe de Estado que ya hemos mencionado, la república parlamentaria. El partido del orden fue cómplice de este golpe al ceder cada vez más poder al Ejecutivo, es decir al presidente de la república, Luis Bonaparte, y debilitar la fuerza del proletariado.

La fecha del 31 de mayo de 1850, fue terriblemente dolorosa para la clase obrera: ese día se emitió una ley que excluyó al proletariado de toda participación política al anular el voto universal: “Arrojaba a los obreros a la situación de parias en la que se encontraban antes de la revolución de febrero” (Marx, 2018: 116). Esa ley borró a tres millones de personas del padrón electoral:

El genio colectivo oficial de Francia mancillado por la estupidez ingeniosa de un solo individuo; la voluntad general de la nación, tantas veces como se manifiesta a través del sufragio universal, buscando su expresión apropiada en los inveterados enemigos de los intereses de las masas, hasta que la encuentra finalmente en la terquedad de un filibustero. Si hay algún tranco de la historia pintado gris sobre gris, es éste (Marx, 2018: 79).



Destaca de este párrafo la presencia de un individuo sin escrúpulos a quien le importa un bledo la nación; lo que le interesa es satisfacer sus propias ambiciones. Sacrifica “el interés social” por el “interés individual.” Marx al dibujar a Luis Bonaparte, parece que está describiendo a los autócratas populistas de hoy.

Por otra parte, vale la pena mencionar, en la secuencia del texto —entre las varias corrientes—, al partido socialdemócrata formado por una coalición de partidos de pequeños burgueses y obreros: “A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la arista revolucionaria y se les dio un sesgo democrático, en tanto que a las demandas democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de su forma puramente política y se afiló su arista socialista” (Marx, 2018: 88).

Otras formaciones políticas eran las que se identificaban, dentro del partido del orden, con los borbones, más inclinados a representar los intereses de los grandes propietarios de tierras; los orleanistas que se engarzaban con el capital industrial y financiero.

Luis Bonaparte, utilizó la propaganda para desacreditar al parlamento en su conjunto; por el contrario, hizo que el orden y su persona, fuera una y la misma cosa: “en el fondo no hace más que idealizar la sociedad actual, forjarse de ella una imagen limpia de defectos y quiere imponer su propio ideal a despecho de la realidad social” (Marx, 1980: 288). Es la propaganda que acompaña, por lo general, a las autocracias populistas: pintan una realidad según su imaginación y la divulgan hasta que la gente la percibe como efectiva; sin embargo, es un espejismo, choca con los hechos. El demagogo siempre es un mentiroso manipulador. Subyuga a los más débiles con promesas irrealizables; en tanto que corrompe a los ricos permitiéndoles acrecentar sus fortunas a condición de que cedan el poder.

El blanco de ataques —vale la pena insistir— de Luis Bonaparte fue la Asamblea Nacional. Le quitó todo hasta dejarla inane:

Sin gobierno, sin ejército, sin pueblo, sin opinión pública, sin ser, desde su ley electoral del 31 de mayo, la representante de la nación soberana, sin ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada, la Asamblea Nacional se había convertido poco a poco en un viejo parlamento francés [Antes de la Revolución de 1789, los parla-

mentos franceses eran tribunales superiores de justicia], que ha de entregar la acción al gobierno y contentarse con rezongonas protestas *post festum* (Marx, 2018: 140).

Fue así como, el sobrino de Napoleón Bonaparte, debilitó paulatinamente al poder Legislativo hasta dejarlo, literalmente, en la inopia. Además, Luis Bonaparte controlaba a la administración pública. Tal poderío lo resalta Marx en los siguientes términos:

Se comprende inmediatamente que en un país como Francia, donde el poder Ejecutivo dispone de un ejército de funcionarios de más de medio millón de individuos y, por tanto, mantiene permanentemente bajo la dependencia más incondicional a una tremenda masa de intereses y existencias, donde el Estado enmaraña, controla, regula, vigila y tutela a la sociedad civil, desde sus manifestaciones de vida más vastas hasta sus movimientos más insignificantes, desde sus formas de vida más generales hasta la existencia privada de los individuos; donde este cuerpo parasitario adquiere, gracias a la extraordinaria centralización, una ubiqüidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad que sólo encuentra analogía en la dependencia desvalida, en la informidad distraída del auténtico cuerpo social; se comprende que, en un país semejante, la Asamblea Nacional perdiera, junto con la posibilidad de disponer de los puestos ministeriales toda influencia genuina, si al mismo tiempo no simplificaba la administración estatal, reducía todo lo posible al ejército de funcionarios y dejaba finalmente crear a la sociedad civil, y a la opinión pública órganos propios, independientes del poder ejecutivo (2018: 103-104).

Lo que hace el autócrata populista es perfeccionar una maquinaria burocrática que le sirve a él y no a la sociedad civil. Más bien la sociedad civil es víctima del constante acoso y vigilancia de los funcionarios públicos y en especial de los aparatos de seguridad. Cada individuo es sospechoso de ser un rebelde; hay que ponerlo bajo la lupa. Las libertades se restringen: no hay cómo crear órganos autónomos; tampoco

hay manera de forjar una verdadera opinión pública. Ese es el poder del gobierno que cubre una amplia gama de actividades y que Marx califica, correctamente, como un ejército que se inmiscuye en la vida de las personas con una gran facilidad.

Es curioso y no carente de significado que en este y otros tramos de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx hable de la sociedad civil tal y como la conocemos hoy, o sea, como un espacio plural entre la esfera política y la esfera económica. De igual manera, es interesante anotar que, para el pensador de Tréveris, en la sociedad civil se forma la opinión pública (Habermas, 1991: 3).

Para entender la manera en que Marx usó el concepto sociedad civil, las fechas son importantes: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* fue publicado en 1852. Allí, como hemos visto, la identifica con una instancia intermedia entre la política y la economía; es decir, con la esfera social. En contraste, en el “Prólogo” a *La Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, identifica a la sociedad civil con la esfera económica. En ese “Prólogo” Marx dice que por razones periodísticas y políticas se retiró de la escena pública y se encerró en su gabinete de estudio para hacer una revisión de la obra de Hegel y, al mismo tiempo, analizar más concienzudamente los elementos económicos de la situación de los campesinos de Mosela, y, finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo:

Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de existencia cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil” y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política [...] los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base

real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia (1980: 517-518).

Aquí se ve, claramente, que Marx llama “sociedad civil” a la economía; vale decir, la “estructura”, base sobre la cual se erige la colosal superestructura político-jurídica e ideológica. Hay interpretaciones dogmáticas —economicistas— sobre el vínculo, unilateral, entre un nivel y otro. Esta visión acartonada establece que lo que sucede en la sociedad civil (economía) repercute y determina lo que acontece en las esferas político-jurídica e ideológica.

Fue Antonio Gramsci quien amplió y enriqueció el análisis entre la estructura y la superestructura: no siempre hay una correspondencia mecánica entre lo que sucede, primero, en la economía y lo que pasa, después, en la política y la ideología. El fundador del Partido Comunista Italiano escribe:

La suposición (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, o, en términos prácticos, debe ser combatida con base en el auténtico testimonio de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas. Para este aspecto, son importantes, especialmente *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, y los escritos sobre la *Cuestión oriental*, pero también otros (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, la *Guerra civil en Francia*) (Gramsci, 1975: 871).

No siempre, lo que sucede en la economía tiene consecuencias directas e inmediatas en las esferas político-jurídicas e ideológica. Ese “infantilismo primitivo”, ese economicismo es propio de quienes han leído a Marx, pero no lo han entendido.

Otro aspecto que conviene subrayar de la obra de Gramsci es que, él llamó “sociedad civil” a la parte de la superestructura que tiene que ver con la ideología y la cultura. En *Los Cuadernos de la cárcel* (1932) escribe:

Por ahora, se pueden fijar dos grandes “planos” superestructurales: el que se puede llamar de la “sociedad civil”, o sea, el conjunto de los organismos vulgarmente llamados “privados”, y el de la “sociedad política o Estado” y que corresponden a la función de “hegemonía” que los grupos dominantes ejercen en toda la sociedad y el del “dominio directo” o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno “jurídico” (Gramsci, 1975: 1518).

Otro fragmento en el Gramsci deja asentada su concepción de la naturaleza y alcance de la superestructura es el siguiente: “Afirma Guicciardini que para la vida de un Estado dos cosas son absolutamente necesarias: las armas y la religión. La fórmula de Guicciardini puede ser traducida de varias maneras, menos drásticas: fuerza y consenso, coerción y persuasión, Estado e Iglesia, sociedad política y sociedad civil” (Gramsci, 1975: 762-763).

Norberto Bobbio, ha resaltado la importancia de esta aportación gramsciana dentro del pensamiento marxista, y fuera de él: “Uno estaría tentado a decir que para Gramsci la sociedad civil comprende no ya ‘todo el complejo de las relaciones materiales’, sino más bien todo el conjunto de las relaciones ideológico-culturales, no ya ‘todo el complejo de la vida comercial e industrial’, sino todo el conjunto de la vida espiritual e intelectual (Bobbio, 1990: 49).

Luis Bonaparte contaba con el poder del Estado, pero tenía que lidiar con la oposición de la sociedad civil que se expresa a través de la opinión pública. Marx describe este antagonismo en los siguientes términos:

su interés político le obligaba a aumentar diariamente la represión, es decir, los medios y el personal del poder del Estado, mientras al mismo tiempo tenía que batallar ininterrumpidamente contra la opinión pública, persiguiendo con desconfianza, muti-

lando y paralizando los órganos independientes de movimiento de la sociedad allí donde no lograba amputarlos por completo (2018: 104).

Había que echar a andar un aparato de propaganda que ahora hiciera ver como “socialista” lo que antes era celebrado como “liberal”. Luis Bonaparte maniobró de tal manera que presentó al parlamento como un estorbo para poder gobernar; a eso se tuvo que atener la burguesía que vio su poder político resquebrajarse y concentrarse en un hombre:

que los burgueses particularmente sólo pueden continuar explotando a las otras clases y gozando tranquilamente de la propiedad, la familia, la religión y el orden, bajo la condición de que su clase sea condenada, junto con las otras, a la misma nulidad política; que para salvar la bolsa había que ceder la corona y dejar colgar sobre su propia cabeza, cual espada de Damocles, la espada que debía protegerla (Marx, 2018: 110).

Pero entonces, ¿qué base social tenía Luis Bonaparte? Aquí es donde encontramos, nítidamente, su talante populista. O mejor dicho, lo que hoy llamamos populismo: Luis Bonaparte fundó “la Sociedad del 10 de Diciembre.” Esto ocurrió en 1849:

Bajo el pretexto de fundar una sociedad de beneficencia, se había organizado al *lumpenproletariat* de París en secciones secretas, cada sección dirigida por agentes bonapartistas y con un general bonapartista al frente de todos ellos. Junto a *roués* —personas de mal talante, sin escrúpulos— [de la aristocracia] arruinados, con medios de subsistencia ambiguos o de oscura procedencia, junto a vástagos depravados y aventureros de la burguesía, había vagabundos, licenciados de tropa, expresidarios, esclavos huidos de galeras, granujas, titiriteros, *lazzaroni* [mendigos], carteristas, saltimbanquis, jugadores, *maquereaux* [proxenetes], dueños de burdeles, mozos de cuerda, jornaleros, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, la masa totalmente desarticulada, diluida, traída y llevada, que

los franceses denominan la *Bohème*; con estos elementos que le eran familiares, formó Bonaparte la planta de la Sociedad del 10 de Diciembre, “Sociedad de Beneficencia”, en la medida en que todos los miembros, al igual que Bonaparte, sentían, la necesidad de beneficiarse a toda costa de la nación obrera (Marx, 2018: 121).

Bonaparte movilizó a “la Sociedad del 10 de Diciembre” haciéndola pasar por “el pueblo”: a esos “pelagatos” [así los califica Marx] los lleva en trenes para improvisar una abundante concurrencia en los mítines. Era un público entusiasta que gritaba ¡*Vive l’Empereur!* Por otra parte, los miembros de “la Sociedad del 10 de Diciembre” tenían el encargo de que, en cuanto vieran aparecer a los republicanos, debían tundirlos. Obviamente con la aquiescencia de la policía.

De regreso a París, los “pelagatos” se convertían en la vanguardia del movimiento bonapartista: salían al encuentro de las manifestaciones de protesta contra el tirano; tenían la orden de dispersarlas a puñetazos. Ese esperpento fue modelado a imagen y semejanza de su creador. Dice Marx en *Las luchas de clases en Francia*:

Esta sucia figura se equivocaba también acerca de las causas que la iban revistiendo cada vez más con el carácter de hombre indispensable. Mientras que su partido tenía la perspicacia suficiente para achacar a las circunstancias la creciente importancia de Bonaparte, ésta creía deberla exclusivamente a la fuerza mágica de su nombre y a su *caricaturización* ininterrumpida de Napoleón [...] Los bonapartistas tenían tan poca confianza en el efecto mágico de su personalidad, que mandaban con él a todas partes, como claque, a gente de la Sociedad del 10 de Diciembre —la organización del lumpenproletariado parisino—, empaquetándolas a montones en los trenes y en las sillas de posta (Marx, 1980: 304).

En el bajo mundo, el bandidaje es inducido por el afán de tener compensaciones y prestigio, o sea, ser visto como el más arrojado, el más temido, el más intrépido y audaz. Con esa mentalidad actuaba Luis Bo-

naparte: “Convencido de haber entusiasmado así al pueblo, Bonaparte se puso en movimiento para ganar al ejército” (Marx, 1980: 304).

Como buen fatalista, vive con la convicción, de que existen ciertas fuerzas superiores a las cuales los hombres, y especialmente el soldado, no puede resistir. Entre estas fuerzas incluye, en primer término, cigarros y champaña, aves frías y salchichones adobados con ajo. Por eso, en los salones del Elíseo, agasaja en primer lugar a oficiales y suboficiales con cigarros y champaña, aves frías y salchichón adobado con ajo. El 3 de octubre repite esta maniobra con las masas de tropa en la revista St. Maur, y el 10 de octubre la misma maniobra a una escala todavía mayor, en la revista militar de Satory. El tío recordaba las campañas de Alejandro en Asia; el sobrino, las conquistas de Baco en las mismas tierras. Pero Alejandro era un semidiós; Baco, sin embargo, un dios, y, además, el dios tutelar de la Sociedad del 10 de Diciembre (Marx, 2018: 125).

Luis Bonaparte, se hizo del apoyo del ejército; pero, al mismo tiempo, no perdía ocasión para evocar al “pueblo” como entidad orgánica y compacta. Dejaba a un lado las naturales diferencias y formas de pensamiento de las corrientes que surcan la sociedad y que se expresan en los distintos partidos políticos. Luis Bonaparte simplificaba todo: él sólo hablaba del pueblo; no importaba la pluralidad y menos aún la disidencia. Un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional el 12 de noviembre de 1851, terminaba con las siguientes palabras: “En lo que a mi concierne, elegido por el pueblo y sólo a él debiéndole mi poder, me someteré siempre a su voluntad legalmente expresada. Si en esta sesión decidís la revisión de la Constitución, una Asamblea Constituyente regulará la posición del poder ejecutivo. Si no, el pueblo anunciará solemnemente su decisión en 1852” (Marx, 2018: 128).

Hablaba ante una Asamblea Nacional debilitada. Tal debilitamiento se debía a las maniobras que había llevado a cabo el propio Luis Bonaparte, pero también a la propagación de la idea de que el gobierno parlamentario era ineficaz. Y, en efecto, los legisladores no decidían nada, siempre estaban enfrascados en riñas partidistas:



En noviembre de 1849 Bonaparte se había contentado con un gobierno no parlamentario, en enero de 1851 con un gobierno extra-parlamentario; el 11 de abril se sintió suficientemente fuerte para formar un gobierno antiparlamentario [...] Esta progresión de gobiernos era el termómetro con el que el parlamento podía medir el descenso de su propia temperatura vital (Marx, 2018: 147).

De cualquier manera, allí estaba aún, como institución de la república, la Asamblea Nacional. El deseo de los bonapartistas era la derogación del artículo 45 que prohibía la reelección. A ello se oponían tenazmente los republicanos. Los autócratas populistas y su sistema de dominación se nutren del conflicto: aquí Luis el Pequeño encontró un conflicto que le venía “como anillo al dedo”: bonapartistas versus republicanos.

Lo que hizo Luis Bonaparte fue “reconocer provisionalmente la república y esperar a que los acontecimientos permitieran transformar el sillón presidencial en trono” (Marx, 2018: 155). La estrategia autocrática consistió en lanzarse contra las instituciones de la república, pero también contra los derechos civiles, como la libertad de prensa:

Las condenas a sanciones pecuniarias exorbitantes y desvergonzadas, penas de prisión que los jurados burgueses dictaban por cualquier ataque de los periodistas burgueses contra los apetitos de usurpación de Bonaparte, por cualquier intento de la prensa por defender los derechos políticos de la burguesía contra el poder ejecutivo, llenaron de asombro no sólo a Francia sino a toda Europa (Marx, 2018: 164).

La señal de ataque contra la república la dio la propia Asamblea Nacional: las distintas facciones ya no fueron capaces de llegar a acuerdos; no había una fuerza aglutinadora. Ese fue su último soplo de vida; estaba muerta.

El *Rumpfparlament*, reunido en el edificio de la alcaldía del décimo distrito y compuesto principalmente por legitimistas y orleanistas, decide, al grito reiterado de ‘¡Viva la República!’, la destitución de Bonaparte, arenga en vano a la masa que permane-

ce boquiabierta delante del edificio y, finalmente, bajo la escolta de tiradores africanos, los arrastran primero al cuartel de Orsay y más tarde, empacados en coches celulares, los transportan a las cárceles de Mazas, Ham y Vincennes. Así fue como terminaron el partido del orden, la Asamblea Legislativa y la revolución de febrero (Marx, 2018: 178-179).

Marx describe la trayectoria que siguió la república durante el periodo en que la figura sobresaliente fue Luis Bonaparte.

En el umbral de la revolución de febrero, la república social apareció como slogan, como profecía. En las jornadas de junio de 1848 se ahogó en sangre del proletariado de París, pero vaga cual espectro en los siguientes actos del drama. Se anuncia la república democrática. El 13 de febrero de 1849 se esfuma, con sus pequeños burgueses a la fuga, pero en la huida deja tras de sí reclamos doblemente fanfarrones. La república parlamentaria, con la burguesía, se apodera de toda la escena, goza de la vida en toda su extensión, pero llega el 2 de diciembre de 1851 y la entierra bajo el grito angustiante de los realistas coaligados: “¡Viva la República!” (Marx, 2018: 181).

Como se aprecia, lo que se vivió fue un proceso degenerativo. Muy parecido al que en las décadas recientes han vivido las democracias liberales que han terminado por caer en el populismo. Con la revolución de febrero de 1848, que fundó la república social con el proletariado a la cabeza, la burguesía se encabritó y en junio de ese año, como dice Marx, el proletariado sufrió una derrota sangrienta. La burguesía, con tal de mantener alejado al proletariado del poder se echó en brazos de Luis Bonaparte, respaldado por el *lumpenproletariat*; que, como la describe gráficamente Marx, era la escoria de la sociedad francesa, agrupada, por iniciativa de Luis Bonaparte, en la “Sociedad del 10 de Diciembre”. Aquello se volvió un despotismo con ropajes republicanos.

## El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851

Finalmente, al grito de “¡Fuera Máscaras!” se dio el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851: para Luis Bonaparte, ya no tenía sentido seguir disfrazado de presidente de la república: “La Francia actual se hallaba acabadamente plasmada en la república parlamentaria. Sólo precisaba un bayonetazo para que la ampolla estallase y el monstruo saltase a la vista” (Marx, 2018: 183).

Para decirlo en términos marxistas se pasó de la dictadura de una clase a la dictadura de un individuo.

Pero no bastaban los fusiles para llevar a cumplimiento se propósitos dictatoriales-imperiales. Con todo y la represión de que fueron objeto los legisladores ante el pasmo de la multitud. El usurpador cometió un error: desestimó la semilla cultural que la Revolución Francesa había plantado: “En uno de los decretos del 2 de diciembre, Bonaparte abolió el voto secreto y les instaba a inscribirse en los registros oficiales [...] La sangrienta resistencia del 4 de diciembre acobardó a Bonaparte. Durante la noche mandó pegar carteles en todas las esquinas de las calles de París anunciando el restablecimiento del voto secreto (Marx, 2018: 185).

El poder social, con todas las condiciones en contra, se hizo presente. Ese poder social no iba a permitir que la arbitrariedad y el capricho de un hombre sentara sus reales.

Hemos dicho que Luis Bonaparte contaba con un ejército de burócratas y con un ejército de militares. Dicho de otro modo: ya existía el Estado nacional. Por eso mismo hay que preguntarse cómo se construyó en Francia el Estado nacional. Marx escribe al respecto:

Este poder ejecutivo, con su enorme organización burocrática y militar, con su artificiosa maquinaria estatal de múltiples capas, una armada de medio millón de funcionarios, junto a un ejército de otro medio millón, este terrible organismo parasitario, que se enrosca como una membrana reticular alrededor del cuerpo de la sociedad francesa y le obstruye todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la descomposición del feudalismo, que él mismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales

de los terratenientes y de las ciudades se transformaron en otros tantos atributos del poder estatal, los dignatarios feudales en funcionarios retribuidos y el abigarrado muestrario de las soberanías medievales en pugna, en el plan reglamentado de un poder estatal cuyo trabajo está dividido y centralizado como en las fábricas. La primera Revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tuvo que desarrollar lo que la monarquía absoluta había comenzado: la centralización, pero al mismo tiempo la extensión, los atributos y los agentes del poder gubernamental (2018: pp. 187-188).

Durante la época medieval no hubo una unidad política; al contrario, ese periodo histórico se caracterizó por la dispersión de poderes. Había un sinfín de pequeños reinos; en el siglo XVII comenzó el proceso de centralización del cual habla Marx en este párrafo.

De acuerdo con el historiador militar Quincy Wright, Europa tenía en el siglo XV, cinco mil unidades políticas independientes (fundamentalmente baronías y principados); a principios del siglo XVII, quinientas en los tiempos de la Guerra de Treinta Años; en la época de Napoleón, o sea, a principios del siglo XIX, doscientas, y en 1953, menos de treinta (Pinker, 2011: 74).

Con estos datos es fácil deducir que la centralización no fue obra de la Revolución francesa; más bien, la centralización comenzó con el antiguo régimen (*ancien régime*) y la Revolución la llevó a cumplimiento. Así lo reconoce Alexis de Tocqueville (1805-1859) en su libro *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856):

Los primeros esfuerzos de la Revolución destruyeron la gran institución de la monarquía, pero ésta fue restaurada en 1800. Como tantas veces se ha dicho, no fueron los principios de 1789 en materia de administración pública los que triunfaron en esa época y después de ella; sino por el contrario, los del antiguo régimen. Así, éstos fueron puestos de nuevo en vigor, y en vigor continúa.

Si se me pregunta cómo pudo ser íntegramente transportada a la nueva sociedad e incorporada a ella esa arte del antiguo ré-

gimen, contestaré que, si la centralización no pereció en la Revolución, fue porque ella misma era comienzo y signo de esa revolución [...] Y la centralización se amoldaba tan naturalmente a la sociedad formada por esta revolución que fácilmente se la ha considerado como una de sus obras (1982 Tomo I: 97).

Lo que Tocqueville también pone de relieve es la labor de lo que él llama “los hombres de letras”. Ciertamente en el siglo XVII había muchas corrientes de pensamiento; sin embargo, todas ellas coincidían en que las costumbres complicadas y tradicionales debían ser sustituidas por reglas sencillas y elementales basadas en la ley natural y la razón. Dicho de otro modo: había coincidencia en la que la doctrina del derecho natural o iusnaturalismo debía dictar el cambio social.

Los encargados de la seguridad del Estado no tenían la menor idea de que las ideas revolucionarias, o sea, la libertad, la igualdad y la fraternidad estaban ganando las conciencias y los corazones de gente de los más diversos estratos sociales. Esas ideas se adueñaron de la manera de hablar cotidiana:

Hasta el lenguaje político adquirió algo del que hablan los escritores; se llenó de expresiones generales, de términos abstractos, de palabras ambiciosas, de giros literarios. Fomentado por las pasiones políticas de quienes lo empleaban, este estilo penetró en todas las clases y llegó con singular facilidad hasta las más bajas. Mucho antes de la Revolución, los adictos del Rey Luis XVI hablan a menudo de la ley natural y de los derechos del hombre. Los campesinos llaman en sus saludos a sus vecinos conciudadanos, al intendente, respetable magistrado, al cura de la parroquia, ministro del altar; y a Dios, el Ser Supremo (Tocqueville, 1982: 162).

La importancia de esta observación radica en que antes de que la monarquía cayera por el embate de la fuerza popular, o sea, la violencia revolucionaria; la monarquía ya había perdido lo que Gramsci llama “la hegemonía cultural.” La legitimidad de la tradición que representaban las dinastías o el origen divino de los reyes habían perdido la partida delante del principio de legitimidad basada en la libre y voluntaria acep-

tación de los hombres de elegir a sus gobernantes. No es, pues, casualidad que el primer documento emitido por los revolucionarios fuese la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano* (26 de agosto de 1789).

Max Weber (1864-1920) estudió también este proceso de concentración política, es decir, la existencia de pequeños dominios territoriales que cobraban sus propios impuestos, códigos jurídicos, bandera y tenían sus propios ejércitos que, se vieron obligados a ceder ante una fuerza opuesta la cual les fue restando atribuciones y, sobre todo, poder, hasta subordinarlos. Esta centralización permitió el paso del Medioevo a la época moderna.

En todas partes el desarrollo moderno comienza cuando el príncipe inicia la expropiación de los titulares “privados” del poder administrativo que junto a él existen: los propietarios en nombre propio de medios de administración y de guerra, de recursos financieros y de bienes de cualquier género políticamente utilizables [...] Al término del proceso vemos cómo en el Estado moderno el poder de disposición sobre todos los medios de la empresa política se amontona en la cúspide, y no hay ya ni un solo funcionario que sea propietario del dinero que gasta o de los edificios, recursos, instrumentos o máquinas de guerra que utiliza. En el Estado moderno se realiza, pues, al máximo (y esto es esencial a su concepto mismo) la “separación” entre el cuadro administrativo (empleados u obreros administrativos) y los medios materiales de la “administración”. De este punto arranca la más reciente evolución que, ante nuestros ojos, intenta expropiar a este expropiador de los medios políticos y, por lo tanto, también del poder político (Weber, 2016: 13-14).

Este proceso de expropiación de una mirada de titulares del poder o mejor dicho de los poderes se produce en beneficio del poder central. Es por ello que, al final se encuentran amontonados en la cumbre; dejaron de existir los feudos. Eso fue lo que dio lugar al nacimiento del Estado moderno. Por tal motivo este autor afirma que el Estado es “el monopolio de la violencia física legítima” (Weber, 2016: 8).

Comenzada la obra de centralización por parte del antiguo régimen y continuada por la Revolución francesa, vino la época de la restauración que inició en 1830 con el rey Luis Felipe. Al ser derrocado éste, en febrero de 1848, se instauró la república con sus respectivos partidos y corrientes políticas: “Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los Orleans la dinastía del dinero, los Bonaparte son la dinastía de los campesinos, es decir, de las masas populares francesas” (Marx, 2018: 190).

Marx se da cuenta que, si bien, la modernidad política se abrió camino en Francia, primero, con la expropiación que hizo el antiguo régimen y luego con la Revolución de 1789, los campesinos franceses siguen añorando al líder carismático:

La tradición histórica hizo surgir en los campesinos franceses la fe milagrosa de que un hombre llamado Napoleón les devolvería su esplendor. Y se encontró un individuo que se hace pasar por tal hombre porque luce el nombre de Napoleón [...] Tras una veintena de años de vagabundaje y una serie de grotescas aventuras, se cumple la leyenda y el hombre se convierte en emperador de los franceses (Marx, 2018: 192-193).

Pero no son campesinos revolucionarios, sino conservadores. El campesino francés: “No representa la Ilustración, sino la superstición; no su juicio, sino su prejuicio; no su futuro, sino su pasado” (Marx, 2018: 192).

Eso quería Luis Bonaparte, eso quería la Sociedad del 10 de Diciembre, eso querían los campesinos franceses y eso obtuvieron: exactamente un año después del golpe de Estado, o sea, el 2 de diciembre de 1852, Luis Bonaparte se convierte en el segundo emperador de Francia con el nombre de Napoleón III.

Y uno se preguntará ¿qué fue de Napoleón II? Pues bien, el único hijo reconocido de Napoleón el Grande, quien recibió el título del rey de Roma y como apodo “el Aguilucho” (1811-1832) fue producto del matrimonio entre Napoleón Bonaparte y la emperatriz María Luisa de Austria. A pesar de ser heredero de su padre, jamás ocupó algún trono: si bien la constitución del 2 floreal (18 de mayo de 1804) le otorgaba el título imperial, es decir, príncipe heredero, eso nunca sucedió.

Durante los Cien Días, el Acta Adicional, fechada el 22 de abril de 1815, le devolvió al hijo de Napoleón I el título de príncipe imperial. Al final de los Cien Días, el 22 de junio, Napoleón I se vio forzado a firmar su segunda abdicación. En esa acta se lee: “mi vida política se acaba, y proclamo a mi hijo, bajo el título de Napoleón II, emperador de los franceses”. Para entonces el Aguilucho vivía bajo la protección de su abuelo Francisco I de Austria, padre de María Luisa. El rey austriaco acogió a Napoleón II, a quien le guardaba un gran afecto, como miembro de la familia de los Habsburgo. Napoleón II murió, prematuramente, en el castillo de Schönbrunn, a causa de la tuberculosis.

Respecto de Napoleón III, para Marx, la burguesía tuvo que inclinar la cerviz ante un verdadero y propio rufián: “Así exclamó la burguesía francesa tras el *coup d’État*: ¡Sólo el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre puede salvar ya a la sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar ya a la propiedad!; ¡el perjuicio a la religión!; ¡la bastardía a la familia!, y ¡el desorden al orden! (2018: 201).

Un punto interesante del estudio de Marx (y que es otra característica del populismo) consiste en que el pensador de Tréveris se dio cuenta de que esa expresión política impuesta por Luis Bonaparte tenía mucho que ver con el paternalismo: “Bonaparte quisiera aparecer como el benefactor patriarcal de todas las clases” (2018: 204). La república, en cualquiera de sus formas, jamás pensó en degradarse a tal punto. Ella supuso, al sufragio universal como reconocimiento de que los franceses habían alcanzado la mayoría de edad política. No necesitaban de un tutor o una institutriz que les enseñara a caminar porque ya había dejado las andaderas.

A Marx no se le escapa que el motor del régimen impuesto por Luis Bonaparte es la corrupción (otra prenda que agregar al populismo): hay que tejer una red de complicidades de tal manera que, el que quiera denunciar, no pueda hacerlo porque él también está involucrado en los delitos cometidos.

En institución venal se convierten todas las instituciones estatales, el Senado, el Consejo de Estado, el cuerpo legislativo, la Legión de Honor, la medalla del soldado, los lavaderos, las obras públicas, los ferrocarriles, el Estado Mayor de la Guardia Nacio-



nal sin el común y los bienes confiscados de la casa de Orleans. En medio venal se convierten todos los puestos del ejército y de la máquina de gobierno [...], la amante del señor Morny caracterizó la confiscación de los bienes orleanistas; *C'est le premier vol de l'aigle* es aplicable a cualquier vuelo de esta *águila*, que es más cuervo que águila (Marx, 2018: 204-205).

Vale la pena aclarar que el comentario de la amante del señor Morny tenía un doble sentido porque en francés la palabra *vol* tiene dos significados: volar y robar. Así es que la confiscación de los bienes de la casa de Orleans puede significar en esta frase tanto: “Es el primer vuelo del águila” como “Es el primer robo del águila”. El águila — conviene señalarlo — era el símbolo de la dinastía Bonaparte. Por eso a Napoleón II le pusieron el sobrenombre de “Aguilucho.”

## Conclusión

Sorprendente la coincidencia entre el análisis político que Karl Marx hace de Luis Bonaparte y el neopopulismo. En particular, la manera en que Luis Bonaparte trató, obsesivamente, de imitar las glorias de su tío, Napoleón Bonaparte, así también algunos líderes neopopulistas evocan la figura de algún prócer como fue el caso de Hugo Chávez con Simón Bolívar o Andrés Manuel López Obrador con Benito Juárez.

Cobra una impresionante actualidad la frase de Marx: “Hegel observa en alguna parte que todos los hechos y personajes de la historia universal acontecen, por así decirlo, dos veces. Olvidó añadir, que, una vez, como tragedia y, la otra, como farsa”.

Esta evocación a la figura de un prohombre tiene, al menos, dos connotación: 1) Efectivamente, el farsante trata de ponerse a la altura de aquella figura señera. Es el intento de un enano de imitar a un gigante; 2) Echa mano del héroe como justificación ideológica de sus tropelías.

Llama la atención otra coincidencia: Luis Bonaparte llegó legítimamente al poder el 25 de febrero de 1848 cuando se proclamó la

república social. Por su parte, los líderes neopopulistas llegan legítimamente al poder; no obstante, maniobran de tal manera que desgarran a la república democrática por dentro (*tyranno ex parte exercitti*). Dejan que haya juego político entre el Ejecutivo y el Legislativo; disputa en la cual el Ejecutivo va mermando la fuerza del Legislativo, y con ello, debilita a los partidos políticos, hasta quedar reducidos a un montón de escombros. Los líderes neopopulistas, conforme concentra poder, reducen el poder de las leyes y las instituciones. Imponen su voluntad: ya no hay contrapesos.

Eso es exactamente lo que hizo Luis Bonaparte: cuando hubo centralizado el poder, dio un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851. Al año siguiente se proclamó Emperador con el título de Napoleón III. Hoy los tiranos populistas prolongan su mandato mediante maniobras que su propio partido lleva a cabo en el Legislativo; controlando y manipulando a los órganos electorales y a las elecciones. Así extienden su mandato más allá de lo que disponía la Constitución original; se perpetúan en el cargo.

Otro punto relevante es la forma en que el suizo nacionalizado francés, se va haciendo del apoyo del Ejército y de la burocracia mediante dádivas y concesiones. Con esto se pone en evidencia que la corrupción es inherente al populismo: es el aceite que lubrica la maquinaria que opera a favor de la concentración del poder. Esa maniobra de seducir al Ejército fue de vital importancia para dar el golpe de Estado ese 2 de enero de 1851.

El impostor dice representar al pueblo; en realidad, forma una red de apoyos provenientes del *lumpenproletariat*, esto es, la escoria de la sociedad, con el fin de que esos sujetos hagan presencia en los actos públicos donde se presenta el demagogo, y sus acarreados actúen como si fueran el pueblo en su totalidad (*pars pro toto*). Ese fue el papel que desempeñó “la Sociedad del 10 de Diciembre”. El acarreo ha sido la forma de fingir el apoyo popular.

Por último, pero no menos importante, el populismo sustituye a la razón por el fanatismo, la ciencia por la superstición, la Ilustración por el oscurantismo, el conocimiento por la ignorancia, la honradez por la rapiña, la espontaneidad por la manipulación.

Ciertamente Marx se equivocó en muchas cosas; sin embargo, es impresionante la forma en que el autor de *El Capital* le atinó al análisis de lo que hoy llamamos neopopulismo.

## Bibliografía

- Berlin, I. (1981). *Pensadores rusos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bobbio, N. (1990). *Saggi su Gramsci*. Milán: Feltrinelli.
- Fernández Santillán, J. (2018). *Populismo, democracia y globalización*. Ciudad de México: Fontamara.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni del Carcere*, vol. II, Quaderno 7 y 24. Turín: Einaudi.
- Habermas, J. (1991). *The Structural Transformation of the Public Sphere*. Cambridge: MIT Press.
- Judis, J. (2016). *The Populist Explosion*. Nueva York: Columbia Global Report.
- Kakutani, M. (2018). *The Death of Truth*. Nueva York: Tim Duggan Books.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. Londres: Verso.
- Levitsky, S., y D. Ziblatt (2018). *How Democracies Die*. Nueva York: Crown.
- Marx, K. (1980). Prólogo a la Contribución de la crítica de la economía política. En K. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*, tomo I, Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, K. (2018). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. (1980). Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. En K. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso.
- McMath, R. C. Jr. (1993). *American Populism. A Social Story (1877-1898)*. Nueva York: Hill & Wang.
- Moffitt, B. (2020). *Populism*. Cambridge: Polity.
- Müller, J. W. (2016). *What is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania.
- Norris, P., y R. Inglehart (2019). *Cultural Backlash*. Londres: Cambridge University Press
- Pinker, S. (2011). *The Better Angels of our Nature*. Nueva York: Penguin Books.

- Revelli, M. (2017). *The New Populism*. Londres: Verso.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham-Philadelphia: Open University Press.
- Tocqueville, A. (1982). *El antiguo régimen y la revolución*, Tomos I y II. Madrid: Alianza Editorial.
- Urbinati, N. (2019). *Me the People*. Cambridge: Harvard University Press.
- Weber, M., (2016). La política como vocación. En M. Weber. *El político y el científico*. Ciudad de México: Colofón.

Recibido: 29 de septiembre de 2022

Aceptado: 18 de noviembre de 2022